

Laureano Guevara, Premio Nacional De Arte 1967

Por LUIS OYARZUN

Laureano Guevara ha sido merecidamente agraciado con el Premio Nacional de Arte 1967. Pocos sabrán mejor que él —último representante de la llamada generación del 13— cuántas cosas han pasado por el arte y el mundo desde esos años de su primera juventud. En tan vasta y rica perspectiva resulta así asombroso, y en cierto modo reconfortante, poder celebrar hoy con entusiasmo la obra de un pintor que todavía nos ofrece las visiones de su madurez, a pesar de tantos cambios verificados a su alrededor y en él mismo.

Pasados los años de formación y superada la influencia de los maestros comunes, que van desde un Velázquez a un Cézanne y los postimpresionistas, la generación tempranamente bautizada como tal no muestra más tierra común que el fervor pánicamente compartido por un grupo de jóvenes que gozaron y padecieron una vida fugaz, ebrios de generosidad vital, en un ambiente de opaca indiferencia. Laureano Guevara y otros pocos fueron la excepción. El ardor de vivir no les impidió llegar sin mengua de su entusiasmo artístico a edades patricias. La mayoría se había consumido en su propia llama, como tantas otras "generaciones" de tantas partes de nuestro siglo.

El aliento romántico volvía a hacerse incandescente en aquellos grupos que se fortalecieron en la lucha directa o indirecta contra los usos y costumbres de la sociedad imperante. No todos buscaron su destino en la insurgencia franca. Otros se protegieron —auténtica rebeldía también— en la celosa de la intimidad y en la creación perseverante, oculta y silenciosa. Tal fue el caso de Laureano Guevara.

Un pulcro sentido de honradez lo llevó a dedicar su enseñanza universitaria a la pintura mural y al vitral cuyas técnicas inició en los talleres de la Escuela de Bellas Artes, junto a discípulos que empezaron a abrir en Chile estos caminos de expresión artística, aun hoy en ciernes.

Pero la vocación más profunda de Laureano Guevara no se identificaba con esas formas de la pintura, que exigen más acción que contemplación y que convierten al artista en empresario o luchador social. Sus preferencias más vigorosas se dirigían a otras zonas de la creación, a un explorar paciente de signos interiores, hasta iluminarse en la revelación poética del paisaje.

Las mejores obras de Guevara —y son muchas— se nos dan en la conjunción de su temperamento lírico y su maestría de pintor. Su mano se estremece en el goce melancólico de la visión lejana. Situado en la línea de los acuarelistas chinos —poetas a la vez que pintores— y de los impresionistas nostálgicos, llega en los últimos años a expresarse fielmente, por entero. Con trazo sutil y sencillez de composición, elabora unos paisajes en que los matices del mar y las sinuosidades de la costa musitan colores, armonías y sordinas visionarias que son, en verdad, tanto el descubrimiento de la belleza externa como la traducción directa de un alma poéticamente desesperada.

A los que todavía amamos el paisaje en la pintura —y no sólo en la fotografía en colores o en el cine— por su valor en sí, los lienzos o tablas de Laureano Guevara nos conmueven por su belleza pura envuelta en aires melancólicos, como el testimonio de una pupila que se entrega al rapto sensible provocado por las formas y colores de la naturaleza. El deleite visual ha brotado quién sabe de cuánto temor y temblor y la armonía de cuánto conflicto. Por eso mismo, la visión es rica y nos transmite su emoción secreta. Es nuestra costa en los atardeceres de invierno, son los mazzallones amarillos de las colinas, el lila del mar entre las dunas azuladas, pero es sobre todo la respiración íntima de un alma contemplativa, al margen de tantas cosas y acercándose a sí misma.

En época como la nuestra, en que las exterioridades suelen abrumarnos cuando se erigen en cifras exclusivas del destino humano, los paisajes de Laureano Guevara, en su insignificancia deliberada, nos ofrecen una sabia plenitud, como las estrofas de Fray Luis o las transparencias de Garcilaso. Cuánta desesperación ha sido ahí dominada, siquiera por un momento, sólo ellos lo saben. También son un signo de los tiempos. Mas, por encima de todo, estas mínimas obras maestras son un esbozo de la palabra verdadera y de la tierra pura.

Laureano Guevara siente profundamente su arte y es así como diariamente se sumerge, largas horas, en intensa labor creativa. La secuencia fotográfica en color lo muestra en plena actividad en su taller

